

Licenciado
Gilberto Muñiz Caparó

India Refinada

Cuento

Todos los derechos reservados

Prohibida su reproducción total o parcial
Sin autorización escrita del autor.

India Refinada

Se llamaba Rufina Puma Orcco. Lucía con gran brillo su origen andino, porque se sabía graciosa y consentida en el barrio de sus amores –Selva Alegre de Arequipa- donde fue transplantada a la muerte de su madre.

Llegó sin zapatos – con los pies a tierra – como caminan los Runas desde que perdieran sus Cuatro Suyos, vistiendo una blusa crema de tocuyo, cubierta con una chaquetilla roja de bayeta muy ceñida y dos polleras también de bayeta, roja la de adentro y negra la de afuera.

Ella había sido transplantada, sin su consentimiento, a la fuerza, a los 12 años de edad, de las punas de Santa Bárbara, donde había nacido y habitado hasta entonces. En esas cumbres andinas aprendió a codearse con el famoso APU (dios) Ausangate, el gran atalaya. Allá crecieron sus primeras células y aprendió su primer oficio –pastora-, teniendo a su cargo un ato de alpacas, sus únicas amigas con quienes dialogaba contenta y se mostraba risueña y alegre, exhibiendo sus cualidades que le adornaban por dentro y por fuera, hasta que llegó el día de su partida.

La Rufina, con su bello rostro cetrino, típicamente aborigen, tal como fue sembrada su stirpe, tardó algo más de un año en adaptarse. Al principio todo le era extraño y difícil de entender. No comprendía el idioma ni podía acostumbrarse a los usos y costumbres de “sus patrones”. Aunque estos se mostraban amables y condescendientes, ella se sentía extraña, confundida y sólo atinaba a llorar a ocultas y en silencio. Pero, pasaron los días y poco a poco, se fue amoldando y acomodando a las circunstancias, hasta que, haciendo uso de una sabiduría innata y de un poder de reflexión asombroso, se hizo cargo de su destino. De esa forma, se convirtió en un encanto de muchacha que representaba muy bien a su raza. Amable, respetuosa, veraz, honesta, trabajadora, obediente, hacendosa. Se había ganado el cariño de las gentes a quienes servía con comedimiento y buen humor.

Pasados los años, tal vez por el apoyo de los cosméticos y lejos de las grietas que tendrían que haberle dejado los vientos helados de las punas, exhibía un rostro agradable, gracioso y bien cuidado, tanto, que los que frecuentaban la casa comentaban: –“la Rufina es una india bien refinada. Se ha hecho bien a las costumbres de la ciudad y su comportamiento es excelente”. En efecto, su presencia personal, sus aires, sus andares, le daban un encanto especial y con su permanente sonrisa, aumentaba, desbordaba simpatía. Sin embargo, se sentía mal cuando le decían “india refinada”. Con mucha firmeza pedía: -Yo prefiero que me diga Rufina, o si prefiere “india” no más como soy, no me diga “india refinada” que me sabe a insulto. No hay necesidad de estar “ofendiendo”, si me hace el favor – agregaba.

Pero no perdía la oportunidad de mostrar gran coquetería, modales y ademanes que había logrado aprender de su patrona y amiga, una chica moderna casi de su edad, formada en

la más estricta etiqueta de la sociedad arequipeña de entonces, que estudió en Europa, de donde importó usos y costumbres de la época.

Airosa y de buena talla, la Rufina, tenía un par de piernas que podían competir sin afanes y hacía suponer que sostenían una figura bien moldeada, oculta dentro de su vestimenta – en esos tiempos, las damas eran un poco bastante más recatadas que hoy-. Cualquiera hubiese querido conocer con mayor precisión la exquisitez que se adivinaba del cuerpo de la Rufina. Era, además una mujer ponderada, sobria, correcta, virtudes que su patrona resaltaba con entusiasmo, dándole tareas y encargos de responsabilidad. Nunca nadie le conoció una aventurilla, ni siquiera de oídas.

La ropa que usaba, casi toda, era herencia de la patrona, y la lucía con verdadero encanto, sin disimular en absoluto su deseo de brillar. Además ella era muy limpia y ordenada y una alumna aprehada tanto en sus estudios regulares como en las artes culinarias. Era pues, un dechado de virtudes. Por su bien cultivada forma de conducirse, resultaba, a juicio de propios y extraños, un buen partido para la formación de un hogar sólido y con futuro.

Desde que llegó a la casa de los Gamarra del Junco, su patrona, doña Isabel –una matrona del más rancio abolengo de la Arequipa de los cuarenta, esposa de un ilustre diplomático de nariz levantada y billetera pesante – la muchacha se ganó la simpatía de la familia y en particular de Isabelita, la única hija del matrimonio, que a la sazón, tenía apenas unos meses más que ella. Prácticamente crecieron juntas y aunque la niña de la casa gozaba de privilegios indiscutibles –Rufina aceptaba con muy buena disposición el lugar que le habían asignado- en todo lo demás, compartían por igual. Doña Isabel la bautizó y la condujo por el camino de Dios en la Iglesia Católica, y desempeñando su papel de madrina y madre, le enseñó con esmero y dedicación, como si fuera una hija, todo lo que, entonces, una mujer debía saber. Se preocupó que la chica asistiera a una Escuela Fiscal; y, además, que concluyera sus estudios secundarios en un Instituto Industrial. La Rufina, mientras tanto, había perdido todo contacto con sus raíces. Nunca más pudo –no le estaba permitido- asomar siquiera a su Ayllu, ni tampoco tuvo visitas de sus parientes.

Cuando la Rufina cumplió 22 años, Isabelita, la niña de la casa, tenía 23 y como era una bella y elegante muchacha de sociedad, no tardó en ser objeto del asedio de los jóvenes que la pretendían como esposa. Así fue que su corazón correspondió al llamado de un diplomático inglés. Se casó con gran pompa en la Catedral de la ciudad. Y pese a las protestas de sus padres, partió rumbo a Londres donde se estableció. El señor Gamarra del Junco murió dos años después y transcurridos dos más, una infausta noticia daba cuenta del fallecimiento de Isabelita en un accidente automovilístico acontecido en la capital inglesa.

De esa forma, la campesina de 12 años que una tarde de junio apareció en el hogar de los Gamarra del Junco, sin zapatos, humildemente vestida con sus polleritas y su uncuña al hombro, portando tal vez sólo miedos y dudas inenarrables, sin ninguna ilusión, se convirtió, 14 años después, en una atractiva moza, alegre, colaboradora, a cargo de los quehaceres de la casa. Se constituyó, como no podía ser de otro modo, en la leal amiga y

compañera –la aijada, “la hija”, por qué no – de doña Isabel. Y aunque la buena señora Gamarra del Junco no era una anciana, pronto recibió la visita inefable de la soledad y también de las enfermedades que la sumieron en una depresión muy grave. Fue recluida por varios meses en un hospital psiquiátrico donde recibió severa medicación. Al término de su tratamiento, regresó al hogar, convirtiéndose prácticamente en una persona dependiente de la Rufina que la cuidaba con esmero y, “con gran bondad”, como solía acentuar doña Isabel a las muy pocas amistades que la visitaban: -“Es un ángel enviado del cielo para asistirme con tanta diligencia y generosidad” – decía. “¿Qué me hubiera hecho yo sin ella?” –agregaba_.

Cuando la Rufina cumplió 30 años, hacía uno que había fallecido doña Isabel Cardona de Gamarra del Junco, dejándole una herencia nada despreciable en bienes raíces, joyas y valores que ella ya administraba desde que enfermara su madrina.

Aunque doña Isabel, en su noble afán de completar su obra, quiso adoptarla –“para que tenga mi apellido” –decía-, la Rufina, en actitud sincera, declinó tal honor muy respetuosamente, porque, afirmaba: “eso sería como matar mi apellido y contribuir a la extinción de mi raza”.

Hoy, la Rufina, vive en un barrio de clase media en Lima, conduciendo con gran dignidad su apellido de origen andino que, unido al de su marido – un ingeniero industrial también brotado de las clases emergentes- se encumbra como “el Ausangate”, al que nunca olvidó.